



ESMERALDA Y SU CERDITO

Fernando Busto de la Vega

ESMERALDA Y SU CERDITO



Primera edición: marzo 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fernando Busto de la Vega

ISBN: 978-84-10082-98-4

ISBN digital: 978-84-10082-99-1

Depósito legal: M-6271-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Maketu, por su constante apoyo,
los buenos momentos compartidos y los que vendrán.*

Índice

PRIMERA PARTE: PELIGROS DE LA PROMISCUIDAD.....	11
1.- UN FIN DE SEMANA PORNOBOLLO Y LETAL.....	13
2.- ESPERANDO A LA CABALLERÍA EN ES CAVALLET, SIN ROPA NI DINERO.....	27
3.- A TRAVÉS DE IBIZA, PERSECUCIÓN EN LA MADRUGADA ...	41
SEGUNDA PARTE: INTERMEDIO EN 05.....	53
1.- EN CASA, UNA FAMILIA MAL AVENIDA.....	55
2.- LA AGENCIA DE DETECTIVES SHERLOCK Y PARCERO ENTRA EN JUEGO	67
3.- HUYENDO DEL CERDITO.....	79
4.- ACOSADOS EN LA MADRUGADA, ES PRECISO RECURRIR A LOS CRALLISES.....	89
5.- ¿JAQUE MATE AL CERDITO?	107
6.- EL SERVICIO SECRETO TIENE ALGO QUE DECIR (Y ENVÍA AL AGENTE MANOLÍN).....	119
TERCERA PARTE EL PUÑEIRO ASUNTO DE LOS VOLCÁNICOS.....	133
1.- TEJIENDO UNA RED INVISIBLE	135

2.- ESMERALDA Y SU CERDITO VUELVEN A JUGAR, CON GUARDAESPALDAS Y MUCHO PÚBLICO	147
3.- EL SERVICIO SECRETO NO COMPRENDE NADA Y ESMERALDA BUSCA INSPIRACIÓN EN EL MUSEO DEL PRADO	163
4.- LA FUNDACIÓN FORJA, NUEVO EDÉN, EL BEATO CIRIACO Y UN TÍO JESUÍTA Y EXORCISTA	173
5.- ASALTO A SAN FRUTOS PAJARERO, CON NOCTURNIDAD Y EN DESCAMPADO.....	189
6.- MUCHAS FRACASAN EN LA EMPRESA POR NO TENER PREPARACIÓN.....	203
7.- EL CERDITO LE HACE UNA PROPOSICIÓN Y VARIAS CONFIDENCIAS A ESMERALDA	215
8.- LA LLEGADA DE SAN MARTÍN Y EL EQUIPO AMÉRICA ROSA...	229
9.- AZAHAR WIEGAND HACKEADA Y CHANTAJEADA, EL ESCEPTICISMO DE PAQUITO EL NEGRO.....	241
10.- ORDO MILITIA CHRISTI SOMOSAQUENSIS.....	255
11.- OPERACIÓN BLESSING.....	267

PRIMERA PARTE:
PELIGROS DE LA PROMISCUIDAD

1.- UN FIN DE SEMANA PORNOBOLLO Y LETAL

Si hubiera tenido que definir aquel fin de semana de agosto, Esmeralda Lafita (de los Lafita de toda la vida en Marbella y La Moraleja) hubiera utilizado palabras como mágico, superhard, megahot, pornobollo o ideal.

Porque el jueves ni siquiera había pensado marchar a Ibiza, pero se aburría tanto en Madrid...y bajarse a Marbella con sus padres tampoco le apetecía, después de todo era joven (andaba por los veintidós), guapa y muy caliente, acaso por la sangre caribeña que fluía por las venas de su familia desde el desliz de la condesa de Cheberg con el caballero negro del marqués de Ayerbe allá por finales del XIX. Y, claro, podía elegir... tenía tantos amigos... y no solo de su círculo, también de la facultad de Trabajo Social. Porque podía ser muy pija, pero tenía conciencia social y en lugar de estudiar Empresariales, Derecho, Económicas o Políticas se había decantado por Trabajo Social... ¡y en una universidad pública, codeándose con el pueblo!... Ella era así. Y podía permitirse esas y otras extravagancias.

De modo que sí, podía elegir qué hacer en aquellos calurosos días de mediados de agosto y, sin pensarlo, optó por lo más absurdo: la soledad.

Durante todo el jueves y parte de la mañana del viernes estuvo hablando con muchos de sus amigos. Y decidió no unirse a ningún plan ajeno. Por el contrario, a mediodía, puso cuatro cosillas en una

maleta y abandonó el lujosísimo y vacío (salvo por la servidumbre) chalet de su familia en La Moraleja camino de Ibiza, donde no había contactado con nadie. Sabía que sería casi imposible no encontrar amigos y conocidos allí, pero prefería creerse aventurera y contarse que marchaba hacia un solitario fin de semana de relax y meditación.

Una vez en la isla habilitó, como tantas otras veces, y por pura excentricidad, el pequeño yate que sus padres tenían allí como base de operaciones y hogar de circunstancias y, tras arreglarse (mínimo y ligerísimo vestido amarillo que realizaba su piel ligeramente tostada de mulata muy mezclada y sus enormes y expresivos ojos verdes que habían inspirado su nombre, minúsculo tanga color pistacho, pintura llamativa y bolsito escueto pero carísimo) salió, literalmente, a quemar la noche.

Y se le dio bien. No recordaba si en Pachá o en Amnesia, pero el hecho es que de madrugada estaba ya dándose el lote con una guiri rubia, alta, de belleza espectacular y ardor salvaje que se convirtió, durante las siguientes horas, en el amor de su vida.

Los detalles de aquel romance, aderezado con alcohol y drogas a mansalva, no quedaban del todo claros y Esmeralda no hubiera sido capaz de articular un relato coherente de sus lances antes de la siesta del sábado. Habían estado por ahí, bebiendo, fumando, metiéndose de todo, follando como locas... incluso en público...

Luego se despertaron a eso de media tarde en el yate y decidieron continuar su ardiente y encantador encuentro de manera más sosegada. Estuvieron navegando por Formentera. Se bañaron desnudas aquí y allá, fornicaron en la cubierta, en el agua, en la arena de calas solitarias, en el camarote... en otras palabras: follaron sin parar. Eran ambas tan jóvenes, tan hermosas, tan apasionadas que se sentían diosas del amor en un paraíso de placer y delicias.

Cenaron en el puerto de La Savina, tomaron algunas copas y volvieron después al mar, dejando a sus espaldas la isla de Espalmador, para seguir amándose en la inmensidad de la noche mediterránea hasta que el cansancio las rindió dulcemente al sueño

en las primeras horas de un domingo surcado de perseidas que decidieron ignorar para concentrarse en el interior del camarote en la perfección del universo idílico de sus jóvenes cuerpos.

Y, de pronto: el infierno.

Esmeralda se había ido diluyendo en los brazos de Morfeo entre los de su novia ocasional, tan apegada a sus labios que compartía las cálidas exhalaciones de sus pulmones nórdicos, tan enredada en sus piernas que sus pieles pugnaban por el ideal de la ósmosis incluso entre geografías de pérfida intimidad... llegó al cabo el abandono, el no saber más allá de las propias ensoñaciones, la absoluta relajación de los músculos, un trasunto cotidiano y amable del éxtasis o la muerte que no sabía bien cómo ni por qué, en medio todavía de la oscuridad, concluyó en sobresalto.

Más que un ruido fue una sensación. Un instinto de peligro que la hizo emerger del dulce abandono fingiendo todavía estar dormida, pero con todo el cuerpo en tensión. Su amante ya no estaba en la cama y había más gente en el barco. Podía escuchar sus movimientos cautos, sus parcos susurros, intuir a veces sus siluetas. ¿Qué sucedía?

Su padre, el marqués de Casimba (título pontificio con alusiones cubanas y no exento de cierta guasa racista que había adquirido con derecho a sucesión el hijo de la condesa y el caballero que dio origen a la familia Lafita cuando se enriqueció en la Cuba de antes de Fidel y naturalizó en los años sesenta en España), siempre la advertía sobre los peligros que acechaban a su clase. Tenían demasiado dinero y sobran delincuentes. No como los de cuello almidonado y clase alta con los que se codeaban a menudo (políticos, banqueros, empresarios, especuladores y demás tropa) sino desclasados resentidos que solo veían en los ricos su valor monetario y se movían a menudo por resentimiento social solazándose con su humillación y martirio. Cuando uno salía de los círculos controlados, de los barrios y urbanizaciones bien vigilados, del entorno social habitual, los riesgos se incrementaban. Máxime para una chica joven y guapa que además de despertar el interés por su

situación económica podía exacerbar los más bajos instintos, desde el resentimiento racista de algún exaltado de baja estofa que no pudiese tolerar a miembros de la nobleza y la oligarquía de color mezclado a violadores sádicos o tratantes de blancas de cualquier género. Fuera de los reductos que constituían su «mundo» cualquier cosa podía suceder.

Por supuesto, Esmeralda jamás había hecho demasiado caso a su padre. Desdeñaba sus temores y además no consideraba el mundo «normal» más peligroso y pestilente que el de su clase. Y sabía de lo que hablaba. Pero ahora, de pronto, en la oscuridad de su yate, en medio de la nada, en el mar entre Formentera e Ibiza, todos los oscuros y aterradores temores que le habían inculcado desde la cuna se manifestaron súbitamente cubriendo su joven y hermosa anatomía desnuda de un sudor frío que la perló de atávica incertidumbre acelerando su corazón y su respiración.

¿Qué sucedía? ¿Qué era aquello? ¿Un robo? ¿Un secuestro?...

Tras un milenio de pánico escuchó, en la misma puerta de su camarote, una voz masculina que murmuraba:

—No hay manera de encontrarlo.

—En el camarote tampoco está —respondió una voz femenina que Esmeralda reconoció de inmediato: era la de su ocasional amante—. Es el primer sitio donde he buscado.

—Pues hay que encontrarlo —terció una tercera voz, masculina, que sin duda era la del que dirigía.

—No estará aquí —opinó la rubia que había perdido su acento nórdico sustituyéndolo por otro entre militar y andaluz—. ¿Por qué habría de esconder el «pen» aquí? Sería absurdo.

—En La Moraleja no lo tiene. Nuestra infiltrada lo ha estado buscando a fondo durante meses. Sin resultado. En Marbella tampoco lo hemos encontrado, y hemos entrado allí tres veces. Ni en la Complutense... quedan ya pocos sitios.

—Y encima tampoco lo lleva —aseguró la voz femenina—. Puedo asegurarlo, no he dejado hueco donde meterle los dedos ni la lengua.

—No es preciso ser tan gráfica —casi se escandalizó el que dirigía.

—Son simples particularidades del servicio —medio ironizó la mujer.

Para entonces Esmeralda Lafita sabía ya de qué iba todo aquello y su miedo se acentuó. No se trataba de delincuencia común, era mucho peor.

Si aquellos individuos andaban buscando el pendrive, el único pincho en su poder que podía ser de interés suficiente para justificar semejante despliegue, entonces podían ser cualquier cosa, desde simples mercenarios a miembros de la Policía, el Ejército o los Servicios Secretos no precisamente en misión oficial y por lo tanto con carta blanca para hacer lo que les viniera en gana y seguridad absoluta de que podrían cubrir sus huellas llegaran tan lejos como llegaran. La joven comprendió enseguida la difícil situación en la que se encontraba y comenzó a meditar el modo de eludir el peligro que la amenazaba. En realidad, en otras circunstancias, no hubiera tenido inconveniente alguno en destruir el pendrive o entregárselo a quien lo ansiaba hasta el punto de movilizar contra ella a comandos operativos más o menos vinculados al aparato del Estado. Después de todo no había tenido mala intención al grabar los hechos que probaban las imágenes y audios guardados en el dispositivo. Simplemente había sido una forma más de travesura, le apetecía guardar recuerdos de algunas de sus actividades, nada más. Desgraciadamente no tenía allí el pendrive y acababa de llegar a la conclusión de que no resultaría en absoluto seguro entregarlo sin más. Quien enviaba a aquellos individuos a recuperarlo acaso estuviera tan cegado por la ambición y el miedo que prefiriera eliminar incómodos testigos de sus, llamémoslo, excentricidades.

Por lo tanto, Esmeralda consideró una suerte no llevar encima el dispositivo que buscaban y determinó que le resultaba en cualquier caso mucho más conveniente no entregárselo. De momento, y sin otro medio mejor a su alcance, optó por continuar haciéndose la dormida. Quizá de ese modo los hombres que habían aborda-

do el yate lo abandonarían dejando a la rubia haciendo su tórrido papel de turista entregada a los exacerbados placeres de Lesbos y ella podría disimular poniendo proa a puerto para alcanzar algo de seguridad en tierra donde, desde luego, estaría mucho menos expuesta que en aquel páramo marítimo en medio del Mediterráneo.

Pero tuvo mala suerte.

Fue precisamente la rubia quien se percató de su respiración, demasiado agitada y superficial como para corresponder a la bella durmiente que pretendía representar, y dio la voz de alarma con formas francamente mejorables:

—¡La muy puta está despierta! —dijo, y antes de que sus compañeros pudieran reaccionar estaba ya dentro del camarote agarrando con fuerza y furia la rizada melena de la mulata y llenándola de denuestos y alguna que otra bofetada sin hacer ninguna pregunta. Por lo visto pretendía únicamente amedrentarla, recetarle un tratamiento de choque que la ablandara de cara al próximo y enérgico interrogatorio que se dibujaba en su horizonte de pija cachonda con secretos demasiado inconfesables como para no tener problemas.

Quizá la táctica de la rubia, que, por su nuevo acento, tan alejado del nórdico que llevaba fingiendo desde la víspera, Esmeralda relacionó inconscientemente con la Guardia Civil o la Legión, era acertada, pero cargó tanto las tintas que el tiro le salió por la culata. En efecto: la dueña del barco, aterrorizada, temiendo incluso por su vida, reaccionó instintivamente, revolviéndose como una tigresa herida. Dejó en manos de su ocasional amante un crecido mechón de cabello, pero logró ponerse en pie de un salto y abrirse camino incrustando el codo en la nariz de la sombra masculina que trató de bloquear la puerta y la rodilla en su esternón alcanzando la cubierta mientras el otro intruso le daba el alto con taxativa voz policial.

Naturalmente, Esmeralda no hizo caso. No quería ser torturada, ni arriesgarse a que a aquellos sayones se les fuera la mano dejándola desfigurada o, peor, viéndose forzados a deshacerse de

su cadáver allí mismo, en alta mar. Nunca había querido creer que aquellas cosas pudieran suceder, no en un país europeo como España, pero en semejantes circunstancias no le podían caber dudas. Luchaba por su vida y nada podía esperar permaneciendo en el barco. Sin pensárselo dos veces, y mientras la sombra masculina que le había dado el alto avanzaba rápidamente hacia ella para sujetarla y la rubia emergía de las profundidades del barquito de recreo para secundarle, la hija del marqués de Casimba, de los Lafita de toda la vida en La Moraleja y Marbella, saltó por la borda zambulléndose de cabeza en el agua. Era una buena nadadora y estaba acostumbrada a bañarse en alta mar, incluso de noche. Esta vez no se trataba de una diversión sino de conseguir la salvación, pero, bien mirado, eso la motivaba más en su empeño de alejarse del barco y alcanzar la lejana costa.

Se encontraban en el espacio intermedio entre Ibiza y Formentera. La costa, salvo que fuera tan estúpida como para poner rumbo a la península o hacia Italia, no podía estar a más de dos millas fuera hacia una isla o hacia la otra. Era sin duda un trecho largo, pero no podía volver atrás. Intentar aquella travesía era mucho más seguro para ella que quedarse en su yate. Por fortuna estaba en buena forma física, era una buena deportista, aunque a veces, para divertirse, se permitiese el uso exagerado de alcohol y drogas.

Por desgracia no iban a ponérselo tan fácil.

Apenas unos minutos después de que empezase a alejarse del barco en dirección, creía, a Ibiza, escuchó el motor de la lancha que los dos hombres habían utilizado para abordarla. La buscaban.

Sin saber qué rumbo había tomado, los tripulantes de la motora comenzaron a intentar localizarla describiendo una espiral desde el lugar del salto, lo que le permitió unos minutos más de fuga antes de tener que sumergirse para evitar los focos de las linternas con las que iluminaban el agua tratando de verla. Quizá lo más sensato una vez eludida la primera pasada de sus perseguidores hubiera sido regresar al yate, pero no podía saber si la rubia o uno de los hombres habían quedado a bordo para hacerla prisionera si lo in-

tentaba y, en realidad, el pánico solo le permitía pensar en alcanzar cuanto antes la costa. De modo que emergió, casi asfixiada, en la estela de la lancha y siguió nadando con denuedo hacia donde pensaba que se encontraba la tierra más cercana, la de Ibiza.

Sus perseguidores siguieron alejándose en espiral del barco y cada cierto tiempo, en periodos cada vez más distanciados, volvían a cruzarse en su trayecto, momentos en los que Esmeralda se sumergía de nuevo para hacerse invisible a sus linternas, reaparecer más tarde en la superficie en la ola de su estela y continuar viaje.

A Esmeralda el lance se le hizo eterno. Ni la noche ni el agua ni la persecución parecían tener fin y ella temía a cada instante perder las fuerzas y ahogarse, ser localizada o atacada por algún tiburón o picada por una medusa. Para colmo no tardó en comenzar a amanecer, lo que la hacía más vulnerable a la búsqueda de sus perseguidores y agudizaba la sensación de perpetuación de la huida. Cuando avistó por fin la playa, era ya de día, pero no por ello pudo sentirse del todo a salvo. La lancha que la perseguía llegó a cortar el paso y recorrer dos o tres veces la línea de costa para localizarla bien en la playa, bien acercándose a ella, para lo cual uno de los tripulantes utilizaba unos prismáticos.

Esmeralda, aterrada y al borde del agotamiento, tuvo todavía sangre fría y resistencia para sumergirse y continuar su camino buceando. Cuando se veía forzada a respirar giraba sobre sí misma y emergía lo justo para que su boca y su nariz alcanzaran el aire necesario. Resultaba una maniobra peligrosa porque en ocasiones las olas la engañaban pasándole por encima de la cara y ocupándole las vías respiratorias hasta casi ahogarla y forzándola a emerger, a sacar toda la cabeza del agua para toser y ganar aire a grandes bocanadas. Tuvo, en cualquier caso, buena suerte y logró no ser detectada.

Al cabo, la motora, asustada quizá por la excesiva luz o la aparición de algún testigo incómodo, dio por finalizada su caza y puso rumbo hacia alta mar, probablemente, pensó Esmeralda, hacia su barco donde debía aguardar la rubia, seguramente intensificando el registro.

Cuando por fin estuvo segura de que la retirada de sus perseguidores no era una trampa y que ya no iban a volver, la muchacha se atrevió a buscar el amparo de la playa.

Su situación seguía siendo preocupante. No es sencillo emerger en una costa cualquiera, aunque sea la de Ibiza, completamente desnuda, sin documentación y sin dinero. Además, ella, aunque de piel muy clara y grandes ojos verdes, no dejaba de ser una mulata y desprovista de su identidad habitual pasaba por definición de ser la hija «supermegapija» de un marqués y descendiente de los condes de Cheberg (nobleza napoleónica) y más madrileña que el chotis a una simple inmigrante sin papeles y por definición vulnerable y sospechosa. No se arredró de todos modos Esmeralda por ello. Era una joven animosa, valiente y llena de recursos. Además, y lo sabía, se reducía todo a lograr ponerse en contacto con alguien que la conociera. En cuanto la rescataran volvería a ser quien era. En el peor de los casos le restaban algunas horas de odisea que más tarde podría narrar como anécdota sensacionalista.

Desgraciadamente ninguno de sus amigos, y mira que resultaba extraño, al menos que ella supiera, se encontraba en Ibiza aquel fin de semana. Probablemente tendría conocidos pero recurrir a ellos, aparte de no revestir garantía alguna de ayuda, representaba dar dos cuartos al pregonero y que su aventura se supiera demasiado pronto y demasiado escandalosamente en Madrid y en Marbella lo que aparte de subirla a una palestra que no deseaba, una palestra quizá incluso mediática (hasta entonces la prensa no se había ocupado de ella, pero su padre tenía rivales en los negocios y aun en la política que podrían tratar de aprovechar un lance tan jugoso para el amarillismo como aquel) y Esmeralda valoraba demasiado su anonimato como para jugarlo por un momento de desesperación. Deseaba por encima de todo poder seguir acudiendo a la universidad como una chica más, en vaqueros y camiseta, sin llamar la atención, poder tener sus novios, sus amantes de ambos sexos y, de vez en cuando, entregarse ocultamente a tales o cuales perversiones sexuales (le gustaba experimentar) con la promesa autoimpuesta de no filmarlas nunca más.

Pero todavía podía torcerse todo. Un mal encuentro con la policía y estaría salvada pero expuesta al público escrutinio. El hecho de practicar nudismo era más normal y menos perseguido en Ibiza que en otros lugares de la costa, pero nunca se podía saber. En cualquier caso, una vez alcanzada la playa, tampoco tuvo fuerzas para tomar demasiadas medidas. Apenas pudo arrastrarse hacia un rincón discreto y tumbarse a descansar y secarse al sol naciente. Para ganar calor rápidamente y por precaución, se cubrió el cuerpo con arena dejando la cabeza, los brazos y las piernas fuera. Y, sin saber muy bien cómo ni cuándo, acabó durmiéndose, estaba agotada.

La despertó, con el sol ya alto, alguien sacudiéndola suavemente por el hombro y preguntándole si se encontraba bien. Ella, sobresaltada, se incorporó casi de un salto quedando sentada y mirando en derredor con mal disimulado pánico. La playa se había llenado de gente y de sombrillas.

—Vaya fiesta debiste correrte anoche —comentó la voz que la había despertado y que correspondía a un hombre como de cuarenta años, de músculos bien trabajados, perfecta depilación y fardahuevos fucsia.

Esmeralda asintió con una sonrisa traviesa.

—¿Te acuerdas de algo? —quiso saber su interlocutor.

Ella negó con la cabeza antes de responder, la voz todavía algo pastosa:

—Ni siquiera sé dónde estoy.

—En Ibiza —rió el hombre.

—Ya. Hasta ahí llego —rió de nuevo Esmeralda, aunque no dejaba de ser un alivio que le confirmaran la isla a la que había llegado.

—En la playa de Es Cavallet.

—¡Ah, mira! ...Podría ser peor.

—Pero en la zona equivocada. Este es el sector gay. El nudista está un poco más allá.

Esmeralda dio las gracias, se puso en pie sacudiéndose la arena y tanto para quitársela del todo como para no llamar la atención

corrió de nuevo al agua para ganar el sector nudista, donde sin duda pasaría más desapercibida a pesar de no llevar siquiera una toalla, a nado.

Una vez allí, de nuevo en la arena, se sentó a meditar el modo más adecuado de salir del laberinto en que se encontraba.

Evidentemente necesitaba comunicarse con alguien, pedir ayuda, y sabía exactamente con quién tenía que hablar. Solo necesitaba que alguien le prestase un móvil.

Miró a su alrededor con esperanza, buscando una cara conocida, pero pronto se desengañó. No tenía suerte. Por lo visto aquel verano ninguno de sus amigos había pisado Ibiza. O, al menos, ninguno estaba allí donde lo necesitaba: oreando la integridad de su anatomía al sol y la brisa de Es Cavallet. Una playa tan conocida y concurrida... ¿Se podía tener peor suerte?...

Cerrada aquella posibilidad, era preciso buscarse la vida de otro modo.

Como era joven, guapa y divertida no le costó hacer amigos y luego jugó al descuido. No podía confiar en nadie y pedir un móvil la forzaba a dar explicaciones, robarlo podía tener consecuencias poco agradables, de modo que se las arregló para salir del agua antes que sus nuevos amigos, evidentemente todos hombres jóvenes llenos de esperanzas por su elocuente coqueteo y gran belleza, con los que había estado chapoteando y nadando, llegar a sus toallas, hacerse con un aparato y correr a esconderse entre la vegetación que bordeaba la playa para ponerse en contacto con la persona a quien pretendía pedir ayuda y regresar después a la arena dejando el móvil más o menos donde lo había encontrado sin que ninguno de sus nuevos amigos llegara a percatarse de nada. Era muy hábil cuando se lo proponía.

Toda comunicación tiene sus códigos y a pesar de su desesperación y la premura que la acuciaba, Esmeralda mantuvo los que sabía convenían a la introducción que pretendía. Para ello abandonó su tono de voz normal y elevó la nasalidad a un cénit de pijerío desbocado acorde con su posición social y la de su interlocutora,

que en noches de pasión o juerga casi descendía a lo cazallero en el tono y el vocabulario manteniendo uno neutro, frío y poco expresivo en sus reuniones de negocios, pero gustaba de exagerar su deje de clase cuando hablaba distendidamente con gente de su nivel social y confianza, antes de responder al cauto saludo (no conocía el número de teléfono):

—¿Sí?

Con un rotundo:

—¿Qué pasa, Sari, chocho loco? ¿Andas por Mallorca?... Soy Esme.

—¡Anda, Esme, putón verbenero! ¿Has cambiado de móvil?

—No, ya te contaré. Estoy en un pequeño apuro y necesito que me eches una mano.

—Por ti lo que sea, ya lo sabes, zorra.

La mujer a la que Esmeralda llamaba confianzudamente Sari, era en realidad Azahar Wiegand López-O´Farrill, hija de un refugiado nazi que había hecho fortuna en España sin esconderse demasiado durante el franquismo, y de una de las hijas de los condes de Avilés de Coy, linaje hispano-irlandés de origen militar enriquecido con el comercio en Cádiz que compró el título durante la restauración alfonsina y llegó a ejercer el cacicazgo en Murcia y otras zonas de La Mancha a causa de sus latifundios, extendidos en diversas fincas desde Lucena a Cartagena y desde Campo de Criptana a Almería, lo que permitió a Azahar (María del Azahar Pilar Cayetana Isabel Eugenia Victoria Francisca Javiera Hildegarda Adolfina Alfonso Eva Felipa Elena de Todos los Santos, en realidad) llegar a convertirse en una celebridad de las que enseñan sus casas en el *Hola* y todo el mundo invita a las fiestas de moda y ringo-rango.

Sari, que presumía de su amistad con los reyes, el emérito y el sustituto, tenía por costumbre pasar el mes de agosto en Mallorca. El resto del año se movía entre Madrid, Marbella, Murcia, Nueva York, Miami y Londres.

A pesar de su imagen de frivolidad y de sus actividades que abarcaban desde el cobro de comisiones a cambio de favores po-

líticos y administrativos, de inversiones siempre respaldadas por el éxito gracias a adecuados soplos y componendas y las rentas agrícolas e inmobiliarias hasta, ya más reservadamente, el proxenetismo de lujo y el tráfico de drogas a mediana escala e incluso, en ocasiones, de armas, Azahar era la persona indicada para sacar a Esmeralda del atolladero. No solo tenía buenos contactos en la monarquía y con importantes personalidades del régimen, algunas de las cuales debían ceder a sus chantajes, sino también con los servicios secretos. Cosas todas estas que Esmeralda conocía sobradamente debido a la naturaleza de su relación.

Azahar había sido amante de su padre e incluso en una época llegaron a pensar en contraer matrimonio, aunque al cabo quedó todo en agua de borrajas, en parte debido a la abierta oposición de la propia Esmeralda quien, sin embargo, había mantenido siempre una buena y profunda amistad con ella. Una amistad que seguía existiendo.

Con todo, la joven no quiso ser demasiado explícita. Se limitó a explicar lo esencial de su situación:

—Estoy en pelotas, sin ropa, dinero ni documentación en la playa de Es Cavallet, en Ibiza. Necesito que me saques de aquí ya. Tráeme ropa y dinero. Bastante dinero.

—¿Qué te ha pasado? —se asustó Azahar Wiegand.

—Cuando vengas ya te contaré.

—Bueno, ir... tengo compromisos. Te enviaré a alguien.

—No. Tienes que venir tú, es importante. Y no se lo digas a nadie. No quiero que se sepa. El asunto es delicado.

—En qué te habrás metido...

—Sé discreta. No será la primera vez que compartamos un secreto. Ni que nos echamos una mano la una a la otra.

Azahar, la nieta algo díscola pero excelentemente relacionada de los condes de Avilés de Coy, guardó unos segundos de hosca indecisión. Tenía una importante cena aquella misma noche, una cena de sociedad y negocios que no podía desatender... para algo se aburría en Mallorca todos los santos meses de agosto, para sacar los debidos beneficios... no obstante acabó aceptando:

—Está bien: cogeré el primer avión. No te muevas de ahí.

Solo por Esmeralda y quizá otro par de personas en el mundo hubiera hecho aquel sacrificio.

—No te preocupes —respondió la hermosa mulata posponiendo definitivamente su tono nasal y su acento de chica de Serrano para adoptar su habitual acento de madrileña de clase media—. Moverme, no puedo. Ya te digo que estoy en pelota picada. Menos mal que la playa es nudista. Recuerda: necesito dinero. Mínimo cinco o seis mil euros. Y ropa.

—Tranquila, no te abandonaré.

Ya para entonces sus nuevos amigos estaban echándola de menos y después de llamarla insistentemente desde el agua, que no quisieron abandonar en un principio para no exhibir públicamente sus inoportunas erecciones, cuando su naturaleza ya cedía, corrían hacia ella, que les saludó con la mano izquierda, sonriente, mientras colgaba y dejaba el móvil prestado en su lugar con la derecha.